RONALD WEBER

LA RUTA DE LISBOA

Una ciudad franca en la Europa nazi

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

101
TIEMPO DE MEMORIA
TUSQUETS EDITORES

Índice

Agradecimientos 11
Prefacio 13
Mapas 16

1. El centro del universo occidental 19
2. A marchas forzadas 49
3. Todo lo que podamos 79
4. La última etapa 109
5. Alegría, abundancia y luces brillantes 129
6. Vivir allí 161
7. Celebridades de paso 187
8. Ofreciendo esperanzas 219
9. Gloriosamente neutral 245
10. Guerra sin armas 265
11. El hirviente caldero 291
12. De un mundo a otro 315
13. Wolframio de día 345
14. Dónde pasar las vacaciones 365

Apéndices
Fuentes 381
Notas 391
Índice onomástico 419

Para Pat, Liz, Andrea y Kathy

AGRADECIMIENTOS

Debo especial agradecimiento a las bibliotecas y archivos siguientes: Biblioteca Hesburgh, Universidad de Notre Dame; Biblioteca Christopher, Universidad de Valparaíso; Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt; Biblioteca del Congreso; Archivos Nacionales de Estados Unidos; Archivos Nacionales del Reino Unido; Biblioteca de las Artes del Museo Calouste Gulbenkian; Museo del Memorial Estadounidense del Holocausto.

Gracias también a estas personas, que respondieron generosamente a mis preguntas: Douglas L. Wheeler, Ellen W. Sapega, Nigel West, James Fry, Pierre Sauvage, Isabel Soares, Filipe Ribeiro de Meneses, José António Barreiros, Rui Araújo, Jenny Wriggins, Gregory Pfitzer.

Como siempre, Pat Weber leyó todas las páginas de todos los borradores. Y, una vez más, Ivan Dee fue un soberbio lector y editor.

La dedicatoria del libro es para los cuatro voluntarios que se unieron por primera vez a mí para seguir la ruta de Lisboa.

Prefacio

El guión de *Casablanca* empieza con una breve explicación del papel de Lisboa como escotilla de escape de la Europa dominada por los nazis:

> *Plano largo de un globo terráqueo girando. Mientras el globo da vueltas, las imágenes de largas columnas de fugitivos aparecen sobre él al tiempo que se oye la voz de un narrador.*
>
> Narrador: Con la llegada de la segunda guerra mundial, muchos ojos en la Europa cautiva se volvieron llenos de esperanza o desesperación hacia la libertad de América. Lisboa se convirtió en el gran punto de embarque. Pero no todo el mundo podía llegar directamente a Lisboa, y así surgió una tortuosa ruta de refugiados.

Después de un mapa que muestra esta ruta indirecta, el narrador enumera las principales etapas del viaje: de París a Marsella, a Orán cruzando el Mediterráneo, bordear luego la costa para llegar a Casablanca, en el Marruecos francés, y finalmente —después de «esperar... y esperar... y esperar en Casablanca»— a Lisboa.[1]

La ruta de Lisboa cuenta la historia de refugiados que, al igual que Ilsa y Victor Laszlo en *Casablanca,* huyeron a Lisboa durante la guerra y transformaron la tranquila ciudad portuaria del borde del continente en la última puerta abierta que tenía la Europa ocupada para alcanzar la libertad. El grueso de los refugiados viajaban por tierra hasta Portugal y, por consiguiente, el escenario de sus largas esperas era a menudo Lisboa en lugar de Casablanca. Además de ofrecer la posibilidad de huir de Europa, la ciudad permitía entrar en el continente, y estas páginas también siguen los movimientos de personas que tenían motivos para viajar hacia la zona de guerra. Tanto si venían como si iban, observo a los que emprendían la ruta de Lisboa sobre el trasfondo de la ciudad iluminada a la que llegaban después de que se apagaran en gran parte las luces de Europa, una ciudad que, a di-

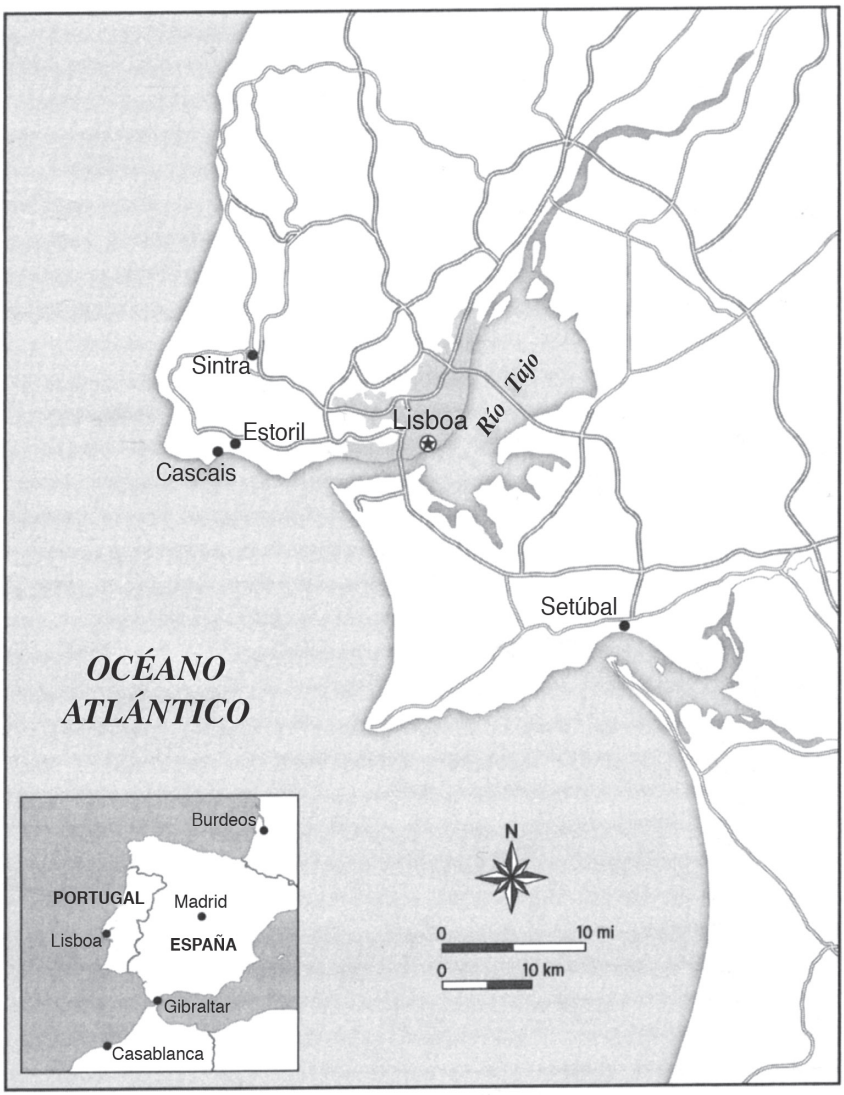
ferencia de la Ciudad de la Luz entre las dos guerras, era un embudo por el que había que pasar más que un destino final. Los que llegaron a Lisboa durante la segunda guerra mundial eran una tribu de transeúntes y, típicamente, su experiencia de la ciudad se vio muy delimitada por la necesidad perentoria de alimentarse, alojarse y encontrar transporte para ir a otra parte.

En cierto sentido, la Lisboa de los portugueses apenas existía para los transeúntes, y viceversa. En 1941, una revista norteamericana publicó un artículo que describía la migración de refugiados a través de Lisboa en su apogeo y afirmó que «todo el pueblo portugués y su dictador prácticamente se esfumaron. El mundo exterior no podía ver a los portugueses porque fueron eclipsados temporalmente por las multitudes de fugitivos que descendieron sobre Portugal tras la caída de Francia».[2] Hugh Muir, periodista británico que trabajó en Lisboa durante la contienda, escribió que la oleada de refugiados, diplomáticos, espías y demás que inundó la ciudad «apenas afectó a los portugueses». Aparte de los trabajadores de los hoteles y restaurantes, que no podían evitarla, la «actividad importada pareció pasar desapercibida por la mayor parte de la población nativa».[3]

Los comentarios de esta índole hacen una distinción demasiado extrema entre los transeúntes y los portugueses, pero indican que existía una ciudad esencialmente aparte: la Lisboa de los desplazados o de los que habían tenido que ponerse en marcha a causa de la guerra. Por supuesto, los transeúntes no podían hacer caso omiso de la ciudad de los portugueses, como tampoco es posible dejarla de lado en estas páginas. Portugal y los portugueses proporcionaron el escenario, los servicios y —lo más importante de todo— el escudo de neutralidad que permitía a Lisboa funcionar como puerta de entrada y salida de la guerra. En capítulos posteriores examino asuntos —los vínculos diplomáticos con Gran Bretaña; la guerra de propaganda y espionaje; el destino de las islas portuguesas en el Atlántico; las relaciones comerciales tanto con los aliados como con el Eje— que pusieron a prueba la neutralidad y, por ende, fueron de vital importancia para los portugueses y los transeúntes por igual. Pero mi atención se centra principalmente en la experiencia de quienes pasaron periodos largos o cortos en Lisboa durante la contienda —tal como la reflejan sus memorias, diarios, cartas, además de informes gubernamentales, reportajes y artículos periodísticos, novelas, películas y obras de teatro— con preferencia a la de las personas para las cuales Lisboa era su hogar y que, de buen grado o no, interpretaron el papel de anfitriones.

Nota geográfica: la palabra «Lisboa» abarca aquí las comunidades de la Costa do Sol, Sintra y otros lugares cercanos. Éste es el sentido en que solían usarla quienes residían temporalmente en Lisboa. También me ocupo de acontecimientos y personas en lugares fuera de Portugal, principalmente las ciudades de Burdeos, Marsella y Madrid, que eran importantes estaciones intermedias para muchos de los que siguieron la ruta de Lisboa.

Europa después del armisticio franco-alemán de junio de 1940.



Lisboa, el río Tajo con su estuario y lugares próximos.

1
El centro del universo occidental

> Lisboa es en la actualidad el centro del universo occidental, y debe de ser el lugar más fascinante del mundo.
>
> *Irish Times,* 23 de octubre de 1941

«Hoy Lisboa se encuentra una vez más en el umbral de grandes acontecimientos.»

Así empezaba un largo artículo que publicó la revista *National Geographic* en agosto de 1941. En un pasado ilustre, de la ciudad portuaria portuguesa situada en el extremo sudoccidental del Viejo Mundo habían zarpado aventureros que iban en busca de nuevas tierras y de un imperio mundial; ahora, en un periodo de prominencia nuevo y radicalmente opuesto, Lisboa era receptora de una gran avalancha de refugiados que huían del Viejo Mundo en guerra. La geografía y la neutralidad de Portugal habían llamado la atención internacional sobre la capital del país como última puerta de escape que seguía abierta en Europa para las víctimas del terror nazi.

Pero aquí había cierta ironía.

Los refugiados llegaban a Lisboa después de un viaje largo y a veces peligroso, pero se iban tan pronto como les era posible. Eran los nuevos aventureros, aunque por necesidad en vez de por decisión propia. Lisboa era todavía Europa; para casi todos los exiliados la ciudad era meramente un alto en su viaje a un lugar de asentamiento permanente en Gran Bretaña, América del Norte y América del Sur, África, Asia, el Caribe, cualquier sitio que no fuese Europa.

Dado que llegaban más rápidamente de lo que podían ser enviados a otra parte por vía marítima o aérea, en buques de carga que transportaban mercancías portuguesas a Gran Bretaña o Estados Unidos, o en pesqueros dispuestos a llevarlos —a cambio de una elevada suma de dinero— a través del estrecho de Gibraltar hasta el norte de África, los refugiados formaban en Lisboa un embotellamiento creciente de humanidad ansiosa. La ciudad los liberaba de la guerra, pero también los paraba en seco, sin más fronteras que cruzar, con sólo el mar abierto ante ellos y medios limitados de alcanzar la otra orilla. Esperaban durante semanas y meses, pululando en una tierra

de nadie entre el pasado y el futuro. La ruta de Lisboa era el camino de la libertad, pero la espera antes de emprender el viaje final a un lugar seguro podía parecer un quiebro cruel del destino.

Y había más ironía.

Lisboa, durante la segunda guerra mundial, era una entrada en Europa además de una salida, una puerta giratoria que no tenía ninguna importancia para los refugiados que sólo querían escapar pero que era valiosísima para las potencias beligerantes. Como ciudad franca, Lisboa permitía la libre circulación de ciudadanos de ambos bandos —corresponsales, diplomáticos, hombres de negocios, mandos militares, agentes secretos, contrabandistas, prisioneros canjeados, ciudadanos corrientes—, así como de periódicos, revistas, películas, correspondencia y telegramas.

Y miembros de ambos bandos podían simplemente quedarse en la ciudad, saboreando los días soleados y las noches brillantemente iluminadas, la abundancia de alimentos y bebidas, los comercios bien surtidos y la posibilidad de ganar o perder una fortuna en el casino de juego de la cercana Estoril mientras se codeaban con el enemigo en un café o, no menos alarmante, jugaban una partida de dos contra dos en pulquérrimos campos de golf. Los recién llegados al aeropuerto de Sintra, a unos veinticuatro kilómetros de Lisboa, invariablemente se llevaban una sorpresa al ver el carácter multinacional del lugar en plena guerra. Cinco compañías aéreas prestaban servicio de pasajeros de Lisboa a Gran Bretaña, Alemania, Italia, España y el norte de África, compartían espacio para oficinas en la terminal y aparcaban sus aviones en las pistas, unos al lado de otros.

Pero, en vista del curso que seguía la guerra en Europa, con Alemania dominando Francia y capaz de presionar al régimen fascista de Francisco Franco en España, el inmenso vecino de Portugal en la península ibérica, cabía preguntarse si un país tan pequeño y débil podría mantener su neutralidad. ¿Exigirían los aliados que se permitiera a sus fuerzas armadas acceder al continente a través de Lisboa, o tal vez ocuparían las Azores y Cabo Verde, las estratégicas islas portuguesas del Atlántico, obligando en ambos casos a Alemania a añadir el país a la lista de sus víctimas? ¿Lograría Lisboa seguir siendo el único puerto de llegada y salida en la Europa ocupada?

El artículo de *National Geographic* tenía sus dudas. «Puede que antes de que se publiquen estas líneas», afirmaba al principio, «Portugal ya sea sólo un recuerdo y Lisboa, una ciudad fantasma de la segunda guerra mundial.» Y terminaba insistiendo en la posibilidad de que el país prácticamente indefenso, de unos seis millones de habi-

tantes, no tardara en verse sometido a los nazis: «Es casi excesivo esperar que, tras devastar nueve décimas partes del continente, los perros de la guerra se detengan en la frontera portuguesa».

El autor de «Lisbon-Gateway to a Warring Europe» [«Lisboa: la puerta de una Europa en guerra»], el ex periodista Harvey Klemmer, había llegado a la ciudad procedente de Londres, donde había trabajado de publicista y redactor de discursos para el embajador estadounidense, Joseph P. Kennedy, desde 1938. Su libro sobre la vida en la Gran Bretaña asediada, *They'll Never Quit,* acababa de publicarse en Estados Unidos, y la férrea resistencia que expresaba el título condujo a pedir a Estados Unidos apoyo económico y militar sin límites. Poco antes de sacar el artículo sobre Lisboa, *National Geographic* había publicado «Everyday Life in Wartime England» [«La vida cotidiana en la Inglaterra en guerra»], un artículo extraído del libro.

Sólo en dos de las fotos que acompañaban el artículo de Klemmer aparecían transeúntes —pasajeros recién llegados de Nueva York en un hidroavión Clipper de Pan American Airways; personas agolpándose para obtener un billete en las oficinas de la compañía aérea en Lisboa—, mientras que las demás, muchas de ellas atribuidas al autor, eran simples instantáneas tomadas en lugares de interés turístico. Uno de los placeres inesperados de Lisboa durante la guerra, señaló Klemmer, era la libertad de tomar fotografías cuando y donde uno deseara. «No creo», escribió, «que haya hoy en Europa otra ciudad donde uno pueda tomar fotos en astilleros, fábricas, muelles, depósitos de petróleo, etcétera. En Portugal puedes fotografiar lo que se te antoje.» (Una de las fotos que no había tomado Klemmer mostraba unos chicos desfilando por la amplia Avenida da Libertade, la arbolada versión lisboeta de los Champs-Elysées. El pie de la foto decía que eran miembros del «Movimiento de Juventudes», grupo creado por el Gobierno para «promover la buena forma física, formar el carácter e inculcar el respeto a la ley y la disciplina», pero no mencionaba que las Juventudes Portuguesas, fundadas en 1936, eran una organización de estilo fascista que tenía por modelo las Juventudes Hitlerianas. El uniforme de camisa verde y pantalón caqui incluía un cinturón de cuero con una hebilla de metal grande en la que aparecía una ese, que algunos creían que se refería al apellido del dictador portugués, António de Oliveira Salazar, mientras que las autoridades afirmaban que significaba Servicio.)[1]

En Lisboa también podías leer lo que te apeteciera. Los quioscos de prensa rebosaban de publicaciones internacionales, informó Klem-

mer, que se exponían aparentemente sin énfasis ni segregación, ya que los vendedores no mostraban ni pizca de favoritismo. «Podías comprar», comentó, «el *Daily Mail* de Londres y el *New York Times;* también tienen el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, el *Lavora Fascista* y el diario falangista *Arriba.*» También llegaban periódicos publicados en París bajo la ocupación alemana. Los refugiados franceses se sorprendían al ver diarios tan conocidos como *Paris-Soir* o *Le Matin,* y volvían a sorprenderse al encontrar la cruda propaganda nazi en las páginas interiores. (En Marsella a un cooperante norteamericano le aconsejaron que comprase *Paris-Soir* porque «en él está todo, si sabes leerlo como es debido. Lee sencillamente lo contrario de lo que aparece escrito y tendrás toda la verdad».)[2]

Klemmer contó que los refugiados llenaban todas las casas de huéspedes y hoteles de la región de Lisboa mientras esperaban los barcos y aviones que los llevarían a otra parte. Como Estados Unidos era el destino preferido, las solicitudes de visado inundaban su consulado. «Si pudiéramos salir a la escalera de entrada y anunciar que podían ir a Estados Unidos todos los que quisieran», dijo un funcionario consular, «me parece que vendrían unos cuarenta mil.» Klemmer se enteró de que ya eran siete mil los norteamericanos que habían sido evacuados de Lisboa, y de los que seguían en la ciudad volvían a casa unos cien a la semana.

Aunque su ritmo de partida fuese gradual, los ciudadanos norteamericanos formaban parte de una minoría privilegiada y gozaban de prioridad para embarcar en medios de transporte de propiedad norteamericana, aunque se exigía a las compañías que cumplieran con sus obligaciones en el caso de los billetes adquiridos con antelación por personas de otras nacionalidades. Otros refugiados deambulaban por la ciudad, captaban fragmentos de conversaciones y eran presa fácil de rumores y engaños:

> Hay un pescador vasco que, por veinte mil escudos, está dispuesto a llevar pasajeros al norte de África.
>
> ¿Has oído lo del barco de pasajeros griego que va a Nueva York?
>
> Mi hermano conoce a un hombre de American Express; dice que los portugueses van a poner otro barco.
>
> El portero de mi hotel dice que en el puerto hay un carguero español que está recogiendo carga con destino a América del Sur.

Si de alguna forma conseguían no pensar en la apurada situación de los refugiados, los recién llegados del martirizado Londres, Klem-

mer entre ellos, descubrían en la suntuosa y animada Lisboa «un esplendor semiolvidado de otra vida». Miraban boquiabiertos las luces, las multitudes de paseantes, el tráfico de automóviles, los escaparates de las tiendas. Y en la ciudad costera de Estoril encontraban un casino funcionando a tope, gente que conversaba sin miedo a la censura, playas sin minas ni alambre de espino. Con todo, la idea de que Portugal era vulnerable nunca estaba lejos del pensamiento.

El país tenía poca capacidad militar y los alemanes y otros extranjeros que estaban en Portugal solían decir en broma que Hitler podía tomar Portugal con una llamada telefónica, lo cual quería decir que se produciría el levantamiento de una poderosa quinta columna que ya estaba apostada en él; o que el Gobierno tenía una tendencia fascista a pesar de su neutralidad; o sencillamente que la superioridad del poderío militar alemán era tan obvia que Portugal no trataría de oponer resistencia. Klemmer sacó la conclusión de que lo mejor que podía decirse era que «los portugueses se las han arreglado bien, hasta ahora, en una de las situaciones más difíciles que jamás haya afrontado una nación».

«Lisbon-Gateway to a Warring Europe», de Klemmer, tuvo la importancia que da el hecho de aparecer en una revista destacada. Pero, en el verano de 1941, el mérito principal del artículo consistió en añadir detalles y textura a las crónicas que ya había publicado la prensa en Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países sobre la sorprendente importancia que durante la guerra cobró la pequeña, pobre, periférica, pero orgullosa nación que estaba y esperaba seguir estando al margen de la contienda y, pese a ello, se encontraba —tal como imaginó un columnista del *Irish Times* desde su puesto de observación en otra nación neutral— convertida en «el lugar más fascinante del mundo».[3] En diciembre de 1940, unos nueve meses antes de publicarse el artículo de Klemmer, el *Times* de Londres citó circunstancias de la guerra que «han puesto a Portugal en el centro de la atención internacional».[4] En el mismo mes, el *New York Times* informó de que Portugal, «el último país relativamente libre en el continente de Europa», se encontraba con que gran número de refugiados llegaban a su ciudad portuaria.[5] Antes, en octubre de 1940, el *Times* de Londres comentó en un artículo de fondo que desde hacía más de tres meses llegaban refugiados a Lisboa «por mar y por tierra, en barco y en bicicleta, en tren y andando, desde todos los países invadidos o amenazados por el azote nazi».[6]

En una fecha aún más temprana, en julio de 1940, el corresponsal del *New York Times* en Lisboa, Alva E. Gaymon, escribió que en Lisboa había una creciente población de refugiados a la que cada día se sumaban varios centenares de personas. La ciudad «era una auténtica colmena» de actividad. «Desde primera hora de la mañana hasta altas horas de la noche circulan taxis en todas las direcciones. Los cafés permanecen abiertos prácticamente toda la noche y los intérpretes están solicitadísimos.» De resultas de la gran afluencia de refugiados, era casi imposible encontrar alojamiento en Lisboa o en las cercanas comunidades costeras de Estoril, Monte Estoril y Cascais. Los consulados de los países de ultramar a los que esperaban llegar los refugiados se encontraban sobrecargados de trabajo.[7] En el mismo mes de 1940, Lilian Mowrer relató en *The New Yorker* una historia personal sobre una de aquellas travesías por Francia camino de Lisboa, «la nueva y mágica meta de cada vez más miles de refugiados». Los refugiados eran una mezcla de nacionalidades y orígenes —Lilian era británica de nacimiento y estaba casada con Edgar Ansel Mowrer, notable corresponsal norteamericano instalado en París—, pero tenían una sola meta: «Todos se dirigían a Lisboa, el puerto de buena esperanza, desde el cual podrían escapar de los alemanes en un Clipper, un transatlántico, un carguero o un buque de tráfico irregular, cualquier cosa que los llevase lejos de una Europa que se estaba transformando rápidamente en una prisión».[8]

La guerra relámpago desencadenada por los alemanes en los Países Bajos y Francia en mayo de 1940 había provocado un éxodo masivo de refugiados que huían hacia el sur hostigados por la Luftwaffe desde el aire. La mayoría de los fugitivos que desbordaban las carreteras y las estaciones de ferrocarril eran franceses, pero también había belgas, holandeses, luxemburgueses, centroeuropeos y alemanes que antes habían huido a Francia y otras partes, en total, entre seis y ocho millones de personas,[9] cuatro millones de las cuales huían de la región de París.[10] Después del derrumbamiento total de Francia y la firma del armisticio con los alemanes el 22 de junio, el país fue dividido en una zona ocupada, que incluía París y toda la costa atlántica, y una zona libre, con Vichy como sede de un gobierno títere y el anciano mariscal Philippe Pétain como jefe del Estado, y muchos de los franceses, refugiados en su propia tierra, regresaron a sus hogares.[11] Para un millón o más de otras personas, entre ellas decenas de miles de judíos y gran número de ciudadanos norteamericanos y británicos que vivían en Europa o viajaban por ella al empezar la guerra, la gran migración continuó.

Cuando se firmó el armisticio, el avance militar alemán hacia el interior de Francia siguiendo la costa atlántica había llegado hasta Burdeos en el sur. Los refugiados que aún llevaban la delantera a los alemanes podían dirigirse a Bayona, Biarritz, Saint-Jean-de-Luz y finalmente Hendaya, en la frontera con España. La otra ruta principal de escape era hacia el este y atravesaba la Francia no ocupada hasta llegar a centros tales como Toulouse, Nîmes, Avignon y, en último lugar, Marsella a orillas del Mediterráneo. A pesar de su ventaja como mayor puerto de Francia e importante punto de enlace con el norte de África, la antigua ciudad romana se hallaba ahora bajo la autoridad de Vichy y su transporte marítimo se veía sometido al bloqueo británico. Debido a ello, la mayoría de los refugiados que llegaban a Marsella la usaban para prepararse para continuar el viaje por tierra con la esperanza de alcanzar la frontera española en Cerbère.

Tanto si huían atravesando la Francia ocupada o la no ocupada como si partían de Italia, en el verano de 1940 Lisboa ya era la meta final en Europa de la mayoría de los refugiados. Llegar a la capital portuguesa significaba partir de Francia, atravesar España y entrar en Portugal, un largo, costoso y a menudo aterrador viaje en tres etapas agravado por la necesidad de bregar con incontables burócratas y por el hecho exasperante de que en cada nación había que presentar documentos distintos. Un personaje de la aplaudida novela de Erich Maria Remarque *La noche de Lisboa* —publicada en 1964, cuando el león literario de la primera guerra mundial vivía en Estados Unidos— recordaba amargamente el frenético acopio de documentos que debían hacer los refugiados que durante la segunda guerra mundial trataban de llegar a Portugal:

> Burdeos. Los Pirineos. Tanteas el cruce de la frontera. Retirada a Marsella. La batalla por conmover corazones indolentes mientras las hordas bárbaras van acercándose. Y desde el principio hasta el fin la locura de la burocracia desbocada. No dan el permiso de residencia, pero tampoco el de salida. No dejan que te quedes y no dejan que te vayas. Finalmente te dan el permiso de salida, pero, mientras tanto, tu visado de tránsito español ha caducado. No puedes obtener otro a menos que tengas un visado portugués, y también eso depende de alguna otra cosa. Lo cual quiere decir que tienes que volver a empezar desde el principio; te pasas los días esperando delante de los consulados, ¡esas antesalas del cielo y el infierno! ¡Un círculo vicioso de locura![12]